

*Ad insensatos:*

## LA FALACIA DEL BILINGÜISMO

ESTEBAN TOLLINCHI\*

EL bilingüismo se ha convertido en preocupación y problema para Puerto Rico desde el momento en que este país, en virtud del Tratado de París, pasó a ser territorio de los Estados Unidos. Todos conocemos los esfuerzos intermitentes del gobierno colonial de Estados Unidos por implantar en Puerto Rico el uso del inglés. Hasta hace relativamente muy poco esta lengua era el vehículo obligatorio de enseñanza en todas las escuelas del país y había en las esferas del gobierno la voluntad tácita, cuando no expresa, de convertir al puertorriqueño en un ser que manejara con idéntica facilidad el español y el inglés.

La situación podría haber cambiado a medida que el gobierno colonial iba dando paso a una relativa autodeterminación. No ha sido así; las consecuencias han resultado más bien irónicas. A pesar de que los organismos educativos del país hayan vuelto a implantar el español como lengua de enseñanza, a pesar de que se hayan aumentado los esfuerzos por fomentar lo auténticamente puertorriqueño y por afirmar el carácter hispano de nuestro pueblo (fundación del Instituto de Cultura, por ej.), no se puede ocultar que esos esfuerzos poco a poco se han tornado mayormente defensivos. La influencia del inglés en Puerto Rico y el peligro de una transformación lingüística nunca han sido mayores.

Las causas de esto radican en el fenómeno político-económico del Puerto Rico actual y en las repercusiones de ese fenómeno en la socio-

---

\* Catedrático Auxiliar de Lenguas y Literatura en la Facultad de Humanidades de la Universidad de Puerto Rico.

logía y en la psicología insular. Consideremos en primer lugar las causas de índole económica. El aumento del comercio con Estados Unidos, el número creciente de industrias norteamericanas que se han establecido y se siguen estableciendo en Puerto Rico (recientemente se ha calculado que más del cincuenta por ciento de los directores de empresa aquí son norteamericanos) hacen necesario que se aprenda el inglés, pues se da por sentado que el norteamericano, que por regla general revela cierta incapacidad para aprender lenguas extranjeras (lo que, por lo demás se explica, no por una deficiencia innata, sino más bien por su posición de poder), no aprenderá el español. También la industria del turismo, que depende exclusivamente del turista de clase media norteamericana, ha creído bien atraerlo haciendo pasar a Puerto Rico por un apéndice de Estados Unidos en donde se le economizan todas las dificultades que conlleva una tierra extranjera y creando la imagen de un país bilingüe, donde bilingüismo significa casi siempre reducir el español a una lengua de segunda.

Entre las causas de índole estrictamente política hay que consignar la indecisión del presente gobierno ante este problema. Además, el movimiento incipiente de estadidad, que cuenta ya con más de un tercio de los votantes del país. Los propulsores del estadismo saben, aunque lo tratan de ocultar, que Puerto Rico no podría formar parte de los Estados Unidos si el pueblo no dominara antes el inglés. El bilingüismo representa el requisito mínimo. Se entiende, por lo tanto, que en la medida que ha ido progresando el movimiento en favor de la estadidad para Puerto Rico, también hayan ido aumentando y recrudeciéndose la propaganda y la campaña a favor del bilingüismo.

Estas motivaciones se reflejan en lo sociológico. El frenesí de imitación por parte del dominado de los modos de vida del dominante parece ser fenómeno común a todas las colonias. En Puerto Rico, que ha vivido quinientos años de coloniaje, no podía faltar. El fenómeno psicológico-social en un nivel popular lo tenemos en el tipo del "chango"<sup>1</sup> y de uno u otro modo, la "changuería" parece ser parte importante del carácter puertorriqueño, no del tipo popular nada más. Se revela manifiestamente en las clases ricas del país en donde, por lo general, el bilingüismo parece ser requisito necesario y cuando menos, goza de gran prestigio social. Son estas mismas clases las que fomentan la educación exclusivamente en inglés que se ofrece en la mayor parte de los colegios privados y las que envían sus hijos a estudiar a Estados Unidos sólo por aprender el inglés y a veces expresamente para "hablarlo como los americanos". Y todos conocemos aquellos casos —que

<sup>1</sup> La palabra, es africana y el sentir también. Compárense las pamelas inglesas o los sombreros de copa que usan las clases altas africanas.

aunque aislados, son muy significativos— en que el español se convierte en una jerga cundida de barbarismos e idiotismos ingleses o en que las señoritas bien escriben poemas en inglés, hablan inglés entre sí, o hasta se considera de buen gusto confesar la incapacidad o el disgusto de hablar, escribir o leer español. (Todo lo cual es una buena señal que el bilingüismo podría sólo significar un primer paso en la desaparición de la lengua considerada de menor prestigio). Así tenemos que las clases económicamente altas consumen gran parte de sus energías y medios en lograr adaptarse a los patrones de prestigio social impuestos por la nueva situación económica y simultáneamente manifiestan el mayor grado de inconsciencia cultural y lingüística. Educación en este caso revela cada vez más ignorancia, enajenación de sus propias raíces.

No es extraño que este fenómeno coincida con el auge económico de Puerto Rico. Ese progreso ha motivado también el surgimiento de esta clase económicamente más solvente y mucho más fuerte que la antigua élite y ha sido ella la que ha sentado la tónica social en los últimos veinte años. Uno de los rasgos más marcados de todo "nouveau riche" consiste en borrar definitivamente todo lo que pueda delatar sus orígenes proletarios o sencillamente pobres y acudir a beber a una nueva fuente de prestigio social. El inglés y el estilo de vida norteamericano ha servido de perilla a esta clase que a todo precio quiere desarraigarse.

Sea la causa de la índole que fuere, el hecho es que en el momento presente, el bilingüismo en Puerto Rico o se defiende y se promueve como condición necesaria, cuando no ideal, o se da como un hecho con tal de hacer realidad un deseo. Así se explican las numerosas estaciones de radio y televisión en inglés, diarios y revistas. En general, todo el material y la información que se distribuye a través de la radio, la televisión, el cine, prensa, etc., es en inglés o procede del inglés y está mal traducido. Un sector muy importante de la prensa local en español aboga abiertamente por el bilingüismo y desde hace años lleva a efecto una campaña en ese sentido.

El bilingüismo en Puerto Rico no es, por tanto, un problema puramente teórico. En verdad es un hecho, quizás aún no en la realidad lingüística, pero sí como actitud que pretende ponerse en práctica por lo menos por una buena parte del pueblo puertorriqueño. Este fenómeno nada más podría servir de motivación y justificación a este ensayo.

Dentro del grupo consciente del problema del bilingüismo, interesa sobremanera aquella posición de algunos filólogos y lingüistas que, quizás por creer que el inglés, por más que se hable, no llegará nunca a desplazar el español en Puerto Rico, le restan o no le dan

ninguna importancia a la deformación que sufre actualmente el español en Puerto Rico o lo contemplan como un fenómeno natural e interesante para su propia ciencia por constituir una ilustración de la vida en tangencia de dos esferas lingüísticas distintas. Esta actitud revela la distancia que media entre la ciencia de la lingüística y el amor y la preocupación por una lengua específica. Que un lingüista sienta también la preocupación por los problemas de la lengua no quiere decir que los sienta en cuanto lingüista. La función del filólogo es más bien científica que prescriptiva o normativa y el científico contempla y observa hechos de los cuales tiene que tomar nota y explicarlos dentro del marco y las circunstancias en que se le aparecen.

En este punto se le puede aplicar a la filología la crítica que hacía Whitehead a la ciencia en general. La visión del universo del científico, según él, es convencional porque excluye la experiencia moral y estética, el proceso de creación y de voluntad, mientras que en realidad, en la experiencia concreta, son elementos que no se pueden excluir, que necesariamente hay que tomar en cuenta. La ciencia opera mediante abstracciones y la única solución al problema que ella misma plantea consiste en rechazar la abstracción o la "bifurcación" como él la llama, y negarse a separar la substancia de la cualidad, la cosa de su ambiente, la causa del efecto, la vida de la materia, el espíritu del cuerpo. Pero el mismo Whitehead reconoce el valor metódico y práctico de la ciencia y explica cómo éstos hacen necesarios la abstracción. La filosofía, en cambio, por no tener una intención práctica, no puede tolerar la abstracción: deberá dar cuenta fiel de lo que el universo es, deberá describir la realidad concreta.

La misma realidad abstracta se presenta en la lingüística y en el lingüista que se comporta como tal. Por eso resulta absurdo esperar solución de parte del lingüista y científico a una situación que en verdad atañe al espíritu en su totalidad. Y hace mal el lingüista que, amparándose en su saber técnico y "abstracto", invita a la despreocupación y a la indiferencia, porque en verdad, esa indiferencia es su pecado. Es inútil, entonces, acudir a él en su calidad de "experto de la lengua", del *sofótatos*, como diría Platón, pues, en cierto sentido, el experto es ya "el menos que sabe". El que vive y sufre el presente de un pueblo, le angustia su porvenir, es probable que "sepa" más acerca de él que el que sólo considera una de sus manifestaciones. Son estos conscientes, aquéllos que unan a los conocimientos lingüísticos sentimientos y valores que son también parte de un pueblo y de su espíritu, los que a fin de cuentas habrán de decidir (ni más ni menos que en las entrañas de su espíritu) si la deformación de su lengua es "natural"

o no. De esos conscientes es también la preocupación, el problema y la posible solución al bilingüismo.

Los defensores del bilingüismo dan por sentado que éste es posible. Es precisamente esto lo que ponemos seriamente en duda. Definamos primero qué se entiende por bilingüismo. Corrientemente se llama bilingüe aquél que maneja con igual facilidad dos lenguas nacionales; y el acento recae aquí primero sobre la idéntica facilidad; luego, sobre el carácter nacional de la lengua. No se dice de un andaluz que maneje los modismos de su tierra y a la vez hable castellano que sea bilingüe; más aún, tampoco se dice de un gallego (a pesar de la semejanza del gallego y el portugués) o de un suevo que hable alto alemán o de un bretón o de un vasco francés o español. Y no se dice porque la lengua más limitada geográficamente, más regionalista, suele ser de carácter más familiar y de menor prestigio que la lengua nacional que, en comparación, resulta mucho más elaborada, compleja y culta. Algunos lingüistas han acuñado el término "diglosia" para distinguir esta situación del verdadero bilingüismo. En verdad el recurso peca de rebuscamiento si se piensa que un portugués hispanoparlante sería bilingüe pero no un gallego, o para un nacionalista catalán, un catalán hispanoparlante sería bilingüe, pero lo dejaría de ser para un partidario del gobierno de Madrid. No deja de tener cierto sentido la aseveración que un bretón, por manejar dos lenguas completamente distintas, es tan bilingüe como uno que hable francés o inglés.

Pero, por otra parte, es cierto también que existen diferencias entre la "diglosia" y el bilingüismo. El que habla un dialecto o una lengua regional reconoce la diferencia entre él y la lengua culta. En efecto, es dialecto precisamente porque se contrapone a una lengua culta y, por lo tanto, no se utiliza para todas las situaciones posibles. Como ya dijimos, se limita al círculo más íntimo, a la familia, al pueblo, etc.

Una situación parecida se da en el caso del *patois*, en donde la lengua nacional o vernácula y la forma local de esa misma lengua se sienten tan divergentes que el hablante las concibe como dos registros diferentes, entendiéndose siempre que la forma local es lingüísticamente imperfecta. La situación se encuentra especialmente en Francia, donde la temprana centralización política no permitió el desarrollo libre e independiente de estas formas locales en dialectos, como pasó en Italia, (sardo, friulés, siciliano) o Alemania.

En cambio, la condición bilingüe supone que se pueda expresar toda la experiencia humana de dos maneras distintas y con igual facilidad en ambas; se supone del hablante que dispone de dos teclados que puede usar a voluntad. De este modo se distingue de la "diglosia",

pues en ésta subsiste una diferencia en la capacidad expresiva del dialecto, si se compara con la lengua culta.

Por lo demás, reconocemos que resulta difícil, sino imposible, separar y fijar *lingüísticamente* y de modo absoluto lo que es un dialecto y una lengua culta. Las diferencias entre las dos, además de tener por causa la mayor o menor complejidad lingüística, se deciden también por causas históricas, políticas y culturales. El catalán, de tener autonomía política, hubiera podido convertirse en una lengua nacional. Históricamente podemos constatar cómo algunos dialectos se han convertido en lenguas cultas y también cómo el dialecto o la lengua secundaria tiende a disminuir y a desaparecer frente a la lengua nacional. Es el caso de los dialectos en Italia, el caso del catalán, gallego, vasco y asturiano en España, etc. En esto confirmamos que el fenómeno lingüístico es esencialmente *histórico* y que lo histórico tiene una realidad comparable a la "natural". Porque el hecho que la diferencia entre dialecto y lengua culta esté determinada por la política, no por eso deja de ser menos real, menos diferencia. Si la historia hace una lengua culta de un dialecto, se deriva de ello una situación tan irremediable como si la diferencia resultara de la naturaleza o "fusus" lingüística.

Pero en el problema que nos ocupa, la diferencia entre bilingüismo y "diglosia" no menoscaba el planteamiento. Se trata de determinar si en el bilingüismo se puede lograr la facilidad idéntica de expresión. Que de esto no se puede hablar en la "diglosia" se desprende fácilmente del hecho que la lengua secundaria se utiliza en situaciones preferenciales. La situación parece ser la misma en el caso del bilingüismo en sí. Irremediamente, el hablante termina por preferir una lengua a la otra. La situación se ilustra adecuadamente en el caso de los emigrantes. Este 1) puede olvidar por completo su lengua de nacimiento; 2) puede seguir practicándola en el país de adopción, pero con los años sentir que se le hace más difícil hablarla; 3) puede conservarla y considerar que es el único medio de expresión. Así sucede, por ejemplo, entre los puertorriqueños que viven en Nueva York. Pero la situación no parece variar en individuos de cultura superior. Las observaciones llevadas a cabo por muchos lingüistas indican que aún para aquellas personas que durante su infancia han aprendido dos lenguas, se requieren esfuerzos enormes y circunstancias especialísimas para que ambas lenguas se mantengan a igual nivel y se hablen con igual facilidad. En verdad son muy pocos los virtuosos (acaso en el mundo de los traductores e intérpretes) que son capaces de manejar dos o más lenguas y evitar que una, por razones de utilidad o de prestigio, se convierta en la lengua preferida.

En ese caso, a Puerto Rico se le habría de encomendar una tarea digna de titanes, sin que nada en nuestra idiosincracia, por lo demás, garantice que somos capaces de dicho titanismo. Pero los defensores del bilingüismo, que no pretenden hacer de Puerto Rico un caso único en el universo, recurren a menudo a las analogías. No que la analogía sea el tipo de razonamiento más convincente; mucho menos si es sólo verbal. Se argumenta que Puerto Rico bien podría convertirse en un país bilingüe porque en el mundo hay países bilingües. Y se citan a continuación los casos de Canadá, Bélgica, Suiza (en verdad de Suiza habría que decir que es tetralingüe), por no mencionar los casos orientales. tales como Singapur, Vietnam o Las Filipinas.

La analogía es completamente falsa porque el bilingüismo de estos países es sólo oficial, no de los hablantes. Bélgica es bilingüe porque dentro de sus fronteras geográficas se hablan dos lenguas, no porque el pueblo hable las dos lenguas. El norte habla el flamenco, una variante del holandés y el sur habla el valón, un dialecto del antiguo francés. Igualmente pasa en Suiza. La parte occidental habla francés; la oriental y norte, alemán; una parte del sur, italiano y en Engadina, el romanche. Y, por lo tanto, el país cuenta con cuatro lenguas oficiales. Pero esto no quiere decir que todos o ni siquiera la mayoría hablen con idéntica facilidad dos o tres lenguas. Habrá algunos que hablen a perfección dos o tres lenguas y muchos que las conocen aceptablemente, pues el sistema educativo de esos países impone la enseñanza obligatoria de dos lenguas en las escuelas primarias y secundarias. Pero, como revela la experiencia de cada cual, que se aprenda una lengua en la escuela no quiere decir que se aprenda a perfección o que se continúe hablando al llegar a adultos. El bilingüismo se puede aplicar a algunos individuos pero no a un pueblo. Si, por el contrario, el turista corriente se queda con la impresión de que todos los suizos son bi o trilingües, eso no pasa de ser una impresión de turista y nada más, atribuible sólo a la fácil impresionabilidad, a la prisa y superficialidad de ese tipo de viajero tan típico de nuestro siglo y a la atmósfera tan circunscrita en que se mueve (hoteles, bancos, tiendas de *souvenirs*, oficinas de viaje, estaciones de tren y aeropuertos) en donde el mismo negocio del turismo exige de los empleados que sepan resolver situaciones prácticas y concernientes a su propio negocio en más de una lengua. Pero ya sabemos que las realidades no se ajustan a las impresiones de los turistas ni podemos justificar una realidad vital nuestra con la impresión tomada al vuelo de un viajero a quien fundamentalmente no le interesa el conocimiento ni la vida de otro país.

Si el bilingüismo, tal como se quisiera implantar en Puerto Rico, no es un hecho ni siquiera en aquellos países que oficialmente son

bilingües, sería de esperarse que, por lo menos en las zonas fronterizas entre dos áreas lingüísticas, todo el pueblo manejara con idéntica facilidad las dos lenguas en cuestión. La realidad es otra. Los que conocen la situación en la frontera de Estados Unidos con México, o la del flamenco con el valón, o la del francés con el alemán en Suiza sabrán que resulta imposible mantener las dos lenguas independientes una de otra y que, al contrario, lo que resulta es la deformación de ambas. Sirva de ilustración la ciudad de Biel en Suiza, situada en la frontera lingüística entre el alemán y el francés, y en donde tanto una como la otra son lenguas oficiales, a diferencia de otras ciudades de ese país que sólo tienen una lengua oficial. El francés y el alemán se enseñan en las escuelas y es corriente ver a los franceses y alemanes hablar entre sí, *pero cada uno en su propia lengua*. Sin embargo, la convivencia de ambas lenguas ha llevado a la contaminación y subsiguientemente, a la distorsión y desfiguración. Los mismos suizos consideran a Biel ilustración de las amenazas y peligros que encierra el bilingüismo llevado a sus últimas consecuencias.

En esto terminan todos los bilingüismos de la tierra, sea de Malaya, Filipinas o la India antes de la división del país (urdú e hindú), por no incluir el de Canadá, que en gran parte es ficticio, pues bilingüe tiene que ser sólo la minoría francesa, que, como lo han demostrado los últimos acontecimientos, se considera o se siente inferior a los angloparlantes. (En gran medida esto sucede también en Suiza, donde la preocupación por aprender y hablar más de un idioma es mayormente de parte de las minorías francesas (20.5%) e italianas (5.9%) y no de la mayoría alemana (72.6%). Si la convivencia o el roce de dos lenguas no puede ni de hecho resulta en el bilingüismo, ¿qué fenómenos se producen o se han producido en situaciones en que ha tenido lugar la fricción y el encuentro de dos o más lenguas?

Excluyendo (para examen más adelante) la posibilidad extrema de la desaparición del español y la victoria definitiva del inglés (que aunque extrema, es posibilidad abierta en todo momento, si se toma en consideración la condición geográfica de la isla, la falta de contactos con otras comunidades hispanoparlantes que conlleva no sólo nuestra condición geográfica sino también la política, el poderío y el prestigio de la nación norteamericana), nos queda sólo una situación intermedia que es la lengua franca, lengua chapurreada, que de acuerdo a la región y a la lengua principal de que derivan se denominan distintamente. Son aquellas lenguas que se han desarrollado en puertos, islas y regiones costaneras del mundo entero desde mediados de la Edad



Media.<sup>2</sup> La primera que se conoce y que en español dio nombre a todo el género es la *lingua franca* (o lengua de los franceses u occidentales) que se hablaba en la Edad Media en el Levante y en la costa norte de África y que dependía mayormente del italiano. En el siglo XVII y más adelante, cuando se desarrolla el comercio de Inglaterra con China o se emprende el tráfico de esclavos en la costa occidental de África, surge también otra serie de lenguas francas que en inglés se conocen como lenguas *pidgin* (la etimología que hace derivar dicho término del inglés *business* es muy significativa). Estas incluyen el *pidgin English* que se hablaba en Australia y Nueva Zelanda (que ha desaparecido), el que se habla en Melanesia (las islas Nuevas Hébridas, las Salomón y Nueva Guinea) y que también se utiliza hoy en día en Hawaii. También se incluye dentro del género el *sabir* (del español *saber*), mezcla de árabe, francés, italiano y español que se habla en los puertos del Mediterráneo, especialmente en la parte oriental y africana. La formación de todos ellos responde a una situación en que un grupo de individuos establece contacto con otra lengua que queda fuera de su propia zona lingüística. El resultado es la formación de una lengua mixta, de estructura indefinida y variable y con un vocabulario limitado a las necesidades que motivaron su nacimiento. Estas lenguas suelen establecerse permanentemente en las situaciones en que el grupo dominante considera a la otra parte infantil, incapaz de manejar una lengua culta. Así ha sucedido en las relaciones entre europeos y africanos e indígenas del Pacífico.

Un paso más adelante, pero siempre teniendo en común el rasgo de ser versiones mutiladas y deformadas de una lengua culta, lo dan las *lenguas criollas*, donde el concepto *criollo* no tiene la enorme dimensión cultural, social, nacional o racial que reviste en Hispanoamérica, pues se limita sólo a lo lingüístico. En ese sentido, se refiere a aquellas lenguas que hablaban los descendientes de los esclavos africanos traídos de África al Nuevo Mundo o a las islas del Indico (Mauricio y Reunión). La mayor parte de ellas (y acaso se pueda suponer que todas) no son más que productos de la evolución de una lengua franca, la que finalmente ha desplazado por completo la lengua africana original, amplía su estructura y vocabulario mediante grandes préstamos a la lengua del grupo culturalmente dominante (holandés francés, español) y se implanta como lengua exclusiva. Estas lenguas las encontramos en el francés criollo de Luisiana, Haití y Antillas Menores, en el inglés de las Islas Vírgenes y las Antillas inglesas, en el *taki-taki* de la Guayana Holandesa (basado en el inglés) y en el *papia-*

<sup>2</sup> Lo que no quiere decir que no hayan existido antes. La evidencia lingüística e histórica más remota de estas lenguas se remonta a la Edad Media tardía.

mento de Curazao (español, portugués y holandés). A pesar que lingüísticamente no hay nada que impida el desarrollo de una lengua criolla en una lengua culta, el hecho es que hasta ahora no ha sucedido. El intento llevado a cabo en Haití de crear una literatura en criollo hará unos diez años ha quedado sin repercusiones hasta el momento. Por lo general, la lengua criolla se siente y se considera como una forma bastarda de una gran lengua culta y, mientras se considere de ese modo, su posición no diferirá en mucho de la del dialecto, *patois*, o lengua franca.

En esto desembocan todas aquellas situaciones que el defensor del bilingüismo en Puerto Rico puede creer análogas al fenómeno puertorriqueño. No lo son porque en rigor no hay ningún pueblo bilingüe. El bilingüismo o la poliglotía (en la medida relativa que se dan, porque la facilidad en el manejo de una lengua varía de acuerdo al tipo de hablantes o al grado de su capacidad) es una destreza, un arte o don muy especial, limitado a un porcentaje mínimo de la población total de cualquier país. Y siempre, aunque varíe de acuerdo a la inteligencia del hablante, quedará como una meta inalcanzable. Los pueblos, la naturaleza humana en general, como se puede verificar universalmente, se limita a aprender una lengua. Y esto es así no por una limitación de esta naturaleza, sino porque una lengua, la lengua de cada uno, no es un mero instrumento de comunicación, sino que representa la totalidad de la experiencia, la particular organización de la experiencia de un pueblo o la unidad étnica que represente. Por eso no extraña que la preocupación por el significado y la esencia del lenguaje se inicia casi al mismo tiempo que toda preocupación filosófica. "La pregunta filosófica por el origen y por la naturaleza del lenguaje —dice Cassirer— es en el fondo tan antigua, como la pregunta por la Naturaleza y por el origen del ser".<sup>3</sup> El examen de la cuestión del lenguaje comporta con frecuencia el examen de la cuestión "lenguaje-realidad", esto es, la cuestión de cómo (y por qué motivos) la realidad puede ser reflejada por el lenguaje.

Pero sería equivocado creer que la lengua refleja la realidad del mismo modo que en un espejo se reflejan las imágenes que le pasan al frente. La "reflexión" tiene aquí un sentido eminentemente activo, como lo tiene en la actividad del pensamiento. Las antiguas definiciones de lengua o palabra, como la de Aristóteles<sup>4</sup> han ido estrechando cada vez más su perímetro de validez y aceptación. Aun la definición de Wilhelm von Humboldt en su obra *Ueber die Verschiedenheit des*

<sup>3</sup> Philosophie der symbolischen Formen, 1954, I, 55.

<sup>4</sup> De Interpretatione: "La palabra es la representación de las vivencias del alma en la voz".

*menschlichen Sprachbaues*<sup>5</sup> ha perdido vigencia al no creerse ya totalmente que pensamiento y lenguaje es la misma cosa, sino haberse argüido que el lenguaje es capaz de falsificar el pensamiento por ser incapaz de seguir las visiones del fondo de la realidad proporcionadas por la intuición o haber otros declarado que el lenguaje debe ser externo al pensamiento y reducirse a una serie de símbolos que se manejan de acuerdo con ciertas convenciones previas y que se organizan según los fines propuestos por el sujeto o por la sociedad. Pero aun cuando esas definiciones hayan perdido validez, se mantiene intacto el fondo que las concibe como una actividad. El mismo Humboldt da en otro lugar la famosa frase que tanto se ha citado: "La lengua no es una obra (ergon) sino una actividad (energeia)". Es decir, la lengua no es un *producto* muerto, sino más bien una *producción*. Y esa actividad, esa organización de la experiencia se lleva a cabo analizando la misma (de modo distinto en cada comunidad lingüística) de acuerdo a unidades provistas de un contenido semántico y de una expresión fónica y articulando las mismas en unidades distintas y sucesivas. Mediante ese análisis se consigue formar, modificar y complementar las percepciones externas, se logra comunicar, pensar y transmitir sentidos, se logra también descubrir el yo interno, conseguimos penetrar en el mundo de lo subconsciente y reprimido. Necesitamos el lenguaje para estudiar y examinar nuestros deseos, motivos, fines y acciones. En una palabra, la lengua representa mediante símbolos fonéticos el contenido total de la conciencia. Es difícil, si no imposible, separar el desarrollo de la conciencia del desarrollo de la expresión. Uno se da en función de la otra y viceversa. Cassirer en el primer volumen de su obra *Filosofía de las formas simbólicas* ha estudiado a cabalidad y con ilustraciones sacadas de todas las lenguas primitivas y modernas de la tierra el modo en que cada lengua representa un grado de evolución o un estadio del proceso de concientización que cada vez más aspira a liberarse de la expresión atada a los sentidos y llegar al cabo a la expresión del pensamiento conceptual. Cada lengua tiene un sentido peculiar y propio de la expresión mímica o analógica, un modo particular de expresar las relaciones espaciales y temporales, una idea distinta del número, de la acción, de la subjetividad y pasividad (voz activa o pasiva), de la idea de persona y de posesión, de la forma de conceptos y géneros, de las relaciones entre los objetos, etc. Esta ingente labor nada más que está implícita en cada lengua, que hace de cada lengua un universo, la perspectiva del mundo de un pueblo entero y de los individuos que lo componen, explica por

<sup>5</sup> "La lengua es la labor repetida infinitamente por medio de la cual el sonido articulado se hace capaz de expresar el pensamiento", p. 41.

sí solo por qué *por naturaleza* los pueblos hablan una sola lengua y por qué al tener que decidirse entre dos perspectivas distintas del mundo, resulta casi siempre la desaparición de una de las alternativas o la deformación de ambas. El enorme esfuerzo que representa una lengua difícilmente se puede duplicar. La pobreza cultural de aquellos pueblos que han tenido que aceptar formas adulteradas, imperfectas o bastardas de otra lengua acaso no sea más que la consecuencia más dolorosa de la mutilación espiritual que éstas representan.

Sin embargo, la seguridad que Puerto Rico, ni ninguna otra nación, no pueda convertirse en comunidad totalmente bilingüe, no garantiza en nada la invulnerabilidad del español. Antes de pasar a considerar los peligros a que está expuesto, veamos la situación presente del español en Puerto Rico. ¿De qué manera ha afectado a esa lengua la convivencia, la dependencia política, económica y social de la comunidad lingüística norteamericana?

Que la ha afectado, no cabe duda, pues la interferencia lingüística entre dos zonas limítrofes es de esperarse. No hay prueba más al alcance de todos que la prensa diaria en español de Puerto Rico o la conversación de dos personas de relativa cultura en los principales centros urbanos. Una persona que desconozca el inglés experimenta grandes dificultades en entender lo que se dice en la televisión o la prensa del país. Y grandes trozos de la conversación corriente le pueden resultar ininteligibles. Y no hay que creer que las particularidades del español de Puerto Rico son del mismo tipo que las que se encuentran en todas las naciones hispanoparlantes. Si el español de Puerto Rico es distinto al de Venezuela, no lo es por las mismas razones que el de Venezuela es distinto al de Argentina o lo era al de Puerto Rico de hace cincuenta años. La mayor influencia del inglés en Puerto Rico me parece incontestable y consecuencia natural de los lazos políticos y económicos que unen a Puerto Rico y Estados Unidos. Por lo tanto, me parecen infructuosos y vanos los esfuerzos de aquéllos que van a la caza de analogías en el extranjero y experimentan una especial delectación en descubrir que en Atenas se dice *bar*, en Francia *star*, *western*, *week-end* o hasta *chien chaud*; que en la Costa Brava se redactan algunos menús en inglés, etc., con tal de tranquilizar su propia conciencia lingüística.<sup>6</sup> Eso es creer que los mismos efectos proceden

<sup>6</sup> Ultimamente he oído comparar la situación en Puerto Rico con la situación de la aristocracia de Rusia respecto del francés en el siglo XIX, según se refleja en las novelas de Tolstoi y Dostoievski. Es verdad que parte del snobismo de la aristocracia de todos los países consiste en manejar una lengua extranjera, si posible, mejor que la lengua vernácula y así realzar su posición frente a su pasado o frente a los compatriotas considerados inferiores. El único efecto tranquilizante que deriva de esta comparación es poder constatar la memez que tienen en común la Rusia del siglo pasado y las clases altas del Puerto Rico presente.

de las mismas causas. O suponer que un fenómeno paralelo que se descubra en otra zona lingüística da pie a afirmar el paralelismo total entre ambas zonas. El error es de lógica elemental y el esfuerzo resulta patético.

Los intentos de bilingüizar al país, la creciente influencia del inglés en todos los aspectos de la vida de Puerto Rico, ha tenido por consecuencia hasta el momento la deformación incipiente del español en el país. La condición no pasa todavía de ser más amenaza que realidad, pero si la anglicización de Puerto Rico sigue al mismo ritmo que lleva al presente, hay de sobra justificaciones para temer por el destino del español en este país. Hasta el momento, la manía bilingüista y el influjo del inglés han sido la causa principal del estado de perplejidad espiritual que parece ser distintivo del puertorriqueño actual y que se revela tanto en el dominio práctico como en el expresivo. En lo expresivo esa perplejidad casi a llegado a mutilar por completo el frescor y la lozanía de la expresión verbal, ha eliminado en gran parte el gusto del hablar. El sentido de la lengua se ha deteriorado a tal punto que el reciente barbarismo de "culminar" en sentido transitivo que se ha introducido en el mundo político no ha despertado la objeción de nadie, por lo menos públicamente. En Puerto Rico, y me es triste consignarlo, son ya pocas las personas que *hablan*, con lo que no me refiero, claro está, a la retahíla de oraciones fragmentadas, muletillas, resabios de que consiste el hablar cotidiano del puertorriqueño promedio. La perplejidad espiritual e íntima ha llevado en el pueblo a un grado tal de soñolencia, mutismo y taciturnidad que resulta tanto más patético cuanto más se recuerda la locuacidad y facundia de los pueblos hispanos. Cuando se sale de ese laconismo, se hace para hiltanar con dificultad una serie de frases cortadas, mayormente elípticas, servidas con abundantes *¿verdad?*, *Usted sabe, pues, ¿no?* y siempre está presente la prisa por terminar, por volver a la pasividad del escucha y al laconismo. Recuérdese que la respuesta favorita del puertorriqueño, a casi todos los niveles, es el *no sé* y nosotros, a su vez, no sabemos si se trata del temor a la expresión o una ignorancia condicionada por ese temor. (Quien no habla poco a poco pierde el interés por escuchar). Que esta taciturnidad se extiende mucho más allá del pueblo y del hablante promedio lo saben por experiencia propia aquellos que conocen la situación en la universidad puertorriqueña.

En la clase educada, dicha perplejidad se traduce en una hipercoscienza de la lengua que, a fuerza de fijar e inmovilizar lo involuntario y lo automático, le hace perder fluidez y espontaneidad. Una buena parte del esfuerzo del hablante se pierde en determinar la corrección, la pureza de la forma usada. En este caso se llega a exa-

gerar la influencia del inglés. Se encuentran anglicismos en palabras perfectamente españolas. Otras veces, el inglés que se echa por la puerta entra disfrazado de español por la ventana. Y en todos los casos se apela a un casticismo mayormente ideal. Sin embargo, en la situación imperante, esta hiperconciencia lingüística, a pesar de ser uno de los efectos colaterales lamentables de la ambigüedad que produce la tangencia de dos zonas lingüísticas, es preferible a la inconciencia o ignorancia. Son ellos los elegidos para la tortura del dilema, y su sufrimiento, como muchas veces ha sucedido, podría ser alimento de generaciones posteriores.

Así, tanto en el pueblo como en las clases cultas la interferencia del inglés en la lengua de Puerto Rico ha tenido como resultado mutilar, deformar y conducir a la impotencia expresiva de los hablantes. Las causas pueden ser varias: o necesarias lingüísticamente, o determinadas por pereza espiritual, por abuso, por necedad o insensatez, por falta de respeto a la lengua (lo que es un reflejo de la falta de respeto a la propia conciencia de pueblo), etc. De cualquier manera, me parece que la integridad y la honradez intelectual obliga a tomar nota del daño que el inglés ha causado a la lengua de Puerto Rico y de la amenaza que constituye para el futuro de esa lengua.

Consideremos a continuación los peligros que conlleva toda tendencia al bilingüismo y las consecuencias a que llevaría la deformación del español, si continuara con el ritmo que lleva al presente. Partimos del principio ya expuesto según el cual no hay bilingüismo que no conlleve preferencias; y que estas preferencias si continúan en una dirección, llegan a eliminar una de las lenguas, aun cuando se trate del vernáculo. Una lengua extranjera, si la aprenden y la practican las clases más influyentes de una nación, puede dejar de ser extranjera y llegar a convertirse en una lengua común que al final, por medio de los procesos de fragmentación y dialectización, podría eliminar la lengua nativa o nacional. Es lo que logró hacer el latín con las lenguas ibéricas de la península española o con el céltico de las Galias. El mismo proceso, con ligeras variantes, se ha repetido en las tierras hispanas que pasaron a formar parte de la nación norteamericana —California, Colorado, Arizona, Nuevo México, Texas. En ellas el español que queda es, para todos efectos, lengua de segunda, que a lo sumo se habla tras las puertas y se limita a las clases inferiores. También se ha observado un proceso similar en las regiones del sur de Brasil. En todas partes el cambio de lengua va acompañado de la imposición de dominio político extranjero.

¿Podría pasar esto en Puerto Rico? En últimas cuentas, el destino del español de Puerto Rico está en manos de los puertorriqueños. Cree-

mos que dentro de la lingüística puede hablarse de la voluntad de un pueblo y que esa voluntad o la falta de ella puede perfeccionar o corromper una lengua. Y dentro de las posibilidades que el puertorriqueño tiene que enfrentar está la desaparición del español. Dentro de un plazo prudente de cien a doscientos años, el español, si no encontrara el favor de los puertorriqueños y se desvaneciera la resistencia debida al inglés, podría desaparecer completamente de Puerto Rico. (Menos ha tomado en las regiones hispanas en Estados Unidos. En poco más de cien años, el dialecto italiano de Córcega ha desaparecido casi por completo). Sin embargo, la posición defensiva que ha asumido una buena parte de los puertorriqueños frente al inglés, la relativa autonomía política del país hace pensar que dicho proceso, de ocurrir, tardaría mucho más que en los casos de conquista o colonialismo abierto. Por otra parte, la política de asociación a Estados Unidos que el gobierno presente fomenta, puede en gran medida neutralizar las ventajas que ofrece la autonomía política.

Pero que perdamos el español no quiere decir que necesariamente ganemos el inglés. Es esta una posibilidad, pero es la más remota, pues exige que se trabaje en un vacío lingüístico y que se disponga de una maquinaria y se lance una campaña educativa y cultural de proporciones gigantescas. Aun si esto se lograra, es poco probable que el inglés que habláramos nos hiciera pasar por norteamericanos y ciudadanos de primera. A lo sumo sería un inglés con una fonética mucho más abierta y sencilla que la del inglés actual y con un léxico necesariamente plagado de hispanismos. Nos justifica en esta creencia el hecho que después de setenta años de dominio norteamericano el porcentaje de la población puertorriqueña que habla el inglés con potencialidad creadora sigue siendo insignificante. Por lo general, el puertorriqueño no llega más que a imitar y remedar—con efectos a menudo patéticos—los giros y vulgarismos del hablante norteamericano promedio. De ser posible, entonces, ese cambio al inglés, el puertorriqueño habrá trocado una lengua de primer orden que se puede medir en orgullo, riqueza y posibilidades con cualquiera del mundo por una condición lingüística obviamente inferior y cuyo dominio y maestría nos tomaría siglos alcanzar.

Pero es mucho más probable que al desaparecer el español, quede en su lugar una de las condiciones intermedias entre dos lenguas a que anteriormente nos hemos referido: 1) el *patois*, 2) la lengua franca o 3) la lengua criolla. Las primeras dos podrían ser etapas para alcanzar la tercera y entonces Puerto Rico se uniría a las demás islas del Caribe, que con excepción de Cuba y Santo Domingo, hablan todas una lengua criolla. La de Puerto Rico tendría la particularidad de

prescindir casi por completo de elementos africanos, pero tendría en común con las demás la cualidad de ser una forma bastarda de una o dos lenguas cultas. ¿Qué hubiéramos conseguido con ese cambio a cualquiera de dichas tres posibilidades? El aislamiento cultural y lingüístico completo, la sofocación espiritual total como se puede comprobar en todos los pueblos que están anclados en cualquiera de esas tres etapas lingüísticas. Nos habríamos apartado tanto del territorio lingüístico del español como del inglés, habríamos perdido toda vía de acceso a España y el continente hispano, habríamos dado la espalda a nuestro propio pasado. Es posible que pudiéramos sobrevivir en dicha situación y acaso en la opulencia, pero el precio que habríamos pagado sería la aniquilación de nuestra personalidad. Tendríamos una lengua para hablar con nosotros mismos pero como bien sabemos, los monólogos llevan al sopor espiritual. Nos vedaríamos toda posibilidad de diálogo con el exterior. Los procesos de enseñanza y aprendizaje se complicarían en grado sumo, como pasa actualmente en Hawaii. He aquí, pues, lo que, con toda probabilidad, significaría la pérdida del español. Aquellos que crean que la situación antes descrita es ficticia e imaginaria, observen a su alrededor la deformación actual del español en Puerto Rico y verán que hay más justificación para el temor que para el ánimo.

Para terminar, y por la razón que este ensayo en gran parte está dirigido *ad insensatos*, mencionaremos aquel argumento según el cual, los cambios del español en Puerto Rico debidos al inglés podrían resultar en el enriquecimiento del español. Como una prolongación del mismo, se han llegado a esgrimir las analogías del inglés del siglo XII, que debido a la invasión de los normandos, quedó definitivamente engrandecido por las contribuciones del francés, o la de las lenguas romances, que según dichos argumentos, se han formado de la fusión del latín y las lenguas que se hablaban en las regiones correspondientes de Lusitania, Hispania, Galia, Dacia, etc.

En cuanto a la última analogía: suponer que las lenguas romances se formaron en el momento que el latín trabó contacto con las lenguas indígenas es un error de historia lingüística. Las lenguas romances representan la evolución del latín hablado en distintas regiones. Pero supongamos que resulta imposible borrar indeleblemente las huellas de la lengua que un pueblo ha hablado anteriormente y que, en efecto, el celta, el osco o el umbrío sobrevivieron aunque desfigurados en el latín de esas regiones. En ese caso, estaríamos comparando una lengua primitiva con una lengua plenamente desarrollada y llevada a la maestría expresiva en una de las literaturas más importantes de la tierra. Es posible imaginar la fusión de una lengua modesta en medios ex-



presivos y otra mucho más rica, pues la fusión casi siempre conlleva la desaparición de la más débil. Pero no podemos vislumbrar lo que sería y cómo se llevaría a cabo la fusión de dos lenguas plenamente evolucionadas e igualmente ricas, porque, sobre todo, sería una síntesis inútil. Sin embargo, supongamos que, a pesar de todas las improbabilidades se llegue a formar una nueva lengua en Puerto Rico. Esa posibilidad (qué clase de lengua resultaría; qué consecuencias tendría para Puerto Rico) la hemos expuesto y examinado en párrafos anteriores.

La analogía que se refiere al inglés de la época de los Plantagenet, pretende basar su validez en el particular hado de algunos barbarismos (¡no de todos!) que llegan a prevalecer y entran en el caudal común de la lengua en forma de neologismos. Se argumenta que lo que era barbarismo para los escritores castizos del siglo XVII (petulante, adolescente, candor, etc.) ahora son palabras corrientes y plenamente aceptadas en el léxico de cualquier hablante. En efecto, así ha sucedido con muchos neologismos. Pero en esta analogía, aparte de que se deja de lado, porque no le conviene, la diferencia enorme de los términos comparados (la influencia del francés sobre el inglés de entonces, que en esa época se hablaba sólo en Inglaterra, no se puede comparar a la del inglés sobre el español de Puerto Rico, que es sólo una fracción mínima de la totalidad de los hispanoamericanos), se quiere hacer ley del neologismo por anticipación. El neologismo prueba su utilidad históricamente, no *a priori*. Por lo demás, no es nuestra intención negar el papel y la función del neologismo en todas las lenguas. Lo que queremos es justificar la *necesidad* del neologismo y esa necesidad es precisamente lo que no se toma en cuenta en la analogía arriba mencionada. Un neologismo sólo se justifica por esa *necesidad* y no por la mera novedad. Habrá que dejar claro —y esa es la tarea de los hablantes en particular— qué neologismos se deben a inercia, a pereza intelectual, a ignorancia, a gala y bizarría de conocimientos, y cuáles a necesidad interna, cuáles destruyen la claridad, la propiedad y elegancia del idioma, son contrarios a la índole de nuestra lengua y la afean y la empobrecen más que enriquecerla. Es una tarea que exige mucho buen gusto y plena conciencia de la lengua.

Por otro lado, en vista que Puerto Rico no es una metrópoli lingüística o cultural, y está lejos de serlo, es muy poco probable que el neologismo o el anglicismo de Puerto Rico se incorpore al español de toda la comunidad hispana. De manera que todo neologismo creado en Puerto Rico sería de Puerto Rico nada más y contribuiría a restringir más la validez de nuestro español. Por lo tanto, es recomendable (como medida de profilaxis temporaria) que el puertorriqueño evite

el anglicismo en la medida que le sea posible y si lo usa, sea con plena conciencia que se trata de un vulgarismo o a lo sumo, de un localismo.

Mientras la situación política actual de Puerto Rico no cambie, la situación lingüística arriba descrita seguirá siendo una amenaza correlativa de la misma. Por lo tanto, ya que resulta imposible predecir los cambios políticos y no podemos esperar hasta entonces, me parece que se nos impone a cada puertorriqueño tratar de remediar la situación presente. Algunos lingüistas tienden a creer que la evolución de la lengua se hace en gran parte inconsciente y colectivamente. Dados los testimonios empíricos tan abundantes, no nos es posible negarlo. Pero, junto a esto, y sobre todo en el siglo XX, que es un siglo de conciencia filológica, tenemos que aceptar también que la conciencia, y la voluntad como una determinación de esa conciencia, tienen un gran papel en la estructuración y destino de una lengua, mucho más de una lengua culta. Nadie negará, por ejemplo, el papel de una literatura nacional en el proceso de creación y afirmación de una lengua culta. El papel de Shakespeare en la plasmación del inglés, de Lutero en el alemán, de Cervantes en el español o de Dante en el italiano, no es mera retórica de cursos elementales de literatura, sino *hechos*, descubrimientos, creaciones que sirvieron de modelo y guía a las generaciones posteriores, todo lo cual se puede comprobar históricamente.

En el caso de Puerto Rico, esa conciencia de la lengua y la voluntad de perfeccionamiento se hacen imperativo del momento. Para ello podemos y deberíamos contar con nuestra especial condición geográfica de isla. Por no tener fronteras lingüísticas con otros países se nos debe hacer más fácil (aun teniendo debida cuenta de las modificaciones que a esta ausencia de fronteras traen la abundancia y la calidad de los medios de comunicación modernos) conservar la independencia lingüística. Por otro lado, esa condición insular es un arma de dos filos, que puede llevar al aislamiento, lo que a su vez, podría redundar en consecuencias polarmente contrarias al primer *desideratum*, o sea, evitar la deformación y desintegración del español. La isla, por lo tanto, puede ser tanto un medio de salvación como una tentación al aislamiento completo, de indiferencia total al mundo de afuera, en la que vislumbramos aquella imagen del isleño bajo la palmera y tantas otras imágenes de islas encantadas que han pasado por la fantasía de otros pueblos, como la Atlántida de Platón, las Hespérides, Avalon, las islas de Calipso o Circe, las islas afortunadas de Plutarco, etc. Nosotros, isleños, sabemos que esas islas desaparecieron con la cartografía moderna, que la isla puede convertirse también en martirio. Al puertorriqueño le incumbe utilizar toda la astucia que requiere arma semejante, y si actúa diestramente, podría sacarle partido a su situa-

ción. Pero lograrlo significaría siempre una triple tensión, entre aquellos elementos foráneos, perjudiciales de una parte; de otra, los útiles y aceptables y en tercer lugar, la entrega a sí mismo, a una soledad cultural y espiritual que puede significar la muerte. Esta tensión, en lugar de hacer del isleño un ser periférico, dejado de lado, podría significar un tipo de vida altamente humano, un verdadero modelo de humanidad. Sin embargo, para ello tendremos que desplegar un esfuerzo, una energía que hasta ahora no hemos demostrado tener. Y, sobre todo, para poder distinguir entre lo asimilable, entre lo dañino y lo beneficioso, para no degenerar en la imitación castrante e imbécil, nos hace falta conciencia de nosotros mismos, de nuestra particular idiosincracia.

Para terminar enumero algunas medidas prácticas que pueden servir para remediar la situación actual del español en Puerto Rico y evitar la ulterior desintegración y deformación:

1) Debe tratarse de todos modos de realzar el prestigio del español en Puerto Rico. Mientras más utilidad y prestigio conserve para el hablante la lengua vernácula, menores son los riesgos que esa lengua se desfigure o se deshaga. A fuerza de educación y sensatez debe inculcarse a las clases dominantes del país el prestigio de su lengua —éste es uno de los pasos que podrían contribuir a hacer de la lengua símbolo de una forma o ideal de vida. Por otro lado, aunque el prestigio de la lengua que hablan las clases dominantes puede ser enorme, no creo que sea absolutamente necesario y determinante en la situación lingüística. Piénsese en todas las colonias que recientemente han adquirido su independencia y en donde, a pesar de las clases altas que siempre prefieren la lengua del dominante, se ha logrado afirmar el vernáculo.

2) Debe mejorarse la preparación del español de todos aquellos que tienen que ver con la enseñanza, las comunicaciones públicas o la divulgación en lengua española. En el caso de locutores de radio o televisión, periodistas, etc., debe requerirse previo al ejercicio de su función un hondo conocimiento de la lengua y la estilística española. Además, un semestre o un año de práctica en un país de habla española contribuiría muchísimo a mejorar este aspecto de la vida puertorriqueña. Los periódicos, revistas, estaciones de radio y televisión también debieran contar con una agencia que de algún modo velara y asegurara la corrección del español. En el caso de maestros, aun de universidad, debería requerirse también previo al ejercicio de su función, una buena preparación en gramática, estilística y literatura española.

3) Debe suspenderse inmediatamente la enseñanza en inglés de otras materias que no sean este idioma y suprimirse los manuales ingleses que se utilicen en dicha enseñanza. La enseñanza en inglés es una aberración pedagógica que sólo sirve para henchir la vanidad y ocultar un sentimiento de inferioridad y no a promover la enseñanza o el deseo de conocimiento. Tiende también a separar al adolescente de su ambiente, a crearle un abismo entre la escuela y el hogar, a enajenarlo de su pueblo y de su educación. Esta puede ser una de las causas de la perplejidad espiritual reinante en Puerto Rico a que antes me he referido. Esta práctica puede, en última instancia, llegar a embrutecer un pueblo, lejos de educarlo; hacerle creer que el aprendizaje de una lengua representa toda la educación. Este hecho en gran parte ya ha sido reconocido en Puerto Rico, pero un gran número de las escuelas privadas continúan sirviendo a la vanidad de las clases ricas del país. El Departamento de Instrucción, por el solo hecho de no ver minada su labor, debiera buscar la forma de intervenir en esta situación. Es parte de su responsabilidad para con el pueblo.

Esto no quiere decir, claro está, que se elimine la enseñanza del inglés. Todos reconocemos la utilidad de aprender una segunda lengua. Pero dicha utilidad se conserva sólo en cuanto no coarta y pone en peligro el resto de la enseñanza, el desarrollo de la personalidad del estudiante. El inglés se aprende y se enseña mucho mejor que en Puerto Rico, en toda Escandinavia, en los Países Bajos, Francia, Alemania, Rusia, etc. y no por eso se exige llegar al bilingüismo ni tampoco se aprende todo en inglés. La enseñanza del inglés no perdería intensidad por ampliar y mejorar la del español. Al contrario, una de las razones por las que se enseña y aprende tan mal el inglés en Puerto Rico, puede ser el conocimiento deficiente del español. La enseñanza total en inglés puede mutilar y de hecho ha mutilado el desarrollo cultural de Puerto Rico. En muchos colegios privados el español es la única disciplina que se enseña en el vernáculo, es decir, ocupa el puesto que debería ocupar el inglés.

4) Debieran iniciarse y ampliarse en todo lo posible los contactos con otras naciones hispanoparlantes. La aduana norteamericana en Puerto Rico en este sentido ha sido un obstáculo. En el presente, Puerto Rico está prácticamente cerrado y aislado de Latinoamérica. Hace falta aumentar el comercio de libros, revistas hispanas, el intercambio de estudiantes y profesores (en este aspecto, el flujo reciente de estudiantes a España ha equilibrado un poco el flujo hacia Estados Unidos. Es de preferir el ceceo al español chapurreado), promover el interés turístico del puertorriqueño en Latinoamérica, aumentar los nexos entre San Juan y centros culturales del mundo hispano como Buenos Aires,

Ciudad de México y Madrid. Sólo un contacto más íntimo con estas tierras puede eliminar la falacia (resultado de la miopía colonial) que estas naciones son culturalmente inferiores a Estados Unidos.